

Este la presentó á su gente, y exigió que la rindieran todos pleito-homenaje.

Celebróse su llegada con grandes fiestas, y doña Constanza hizo olvidar por algun tiempo á Izampú los proyectos belicosos que le habian obligado á abandonar su tribu.

Como la trataba bien, no echaba de ménos al contralor, y cuando pensaba que algun dia podia volver á los brazos de su esposo, pedia al cielo que su nuevo amado venciese á los españoles, aunque sólo fuera para no volver jamás hallarse en presencia de don Luis.

El lector presumirá que al cabo de algun tiempo se sintió en cinta doña Constanza.

Más tarde la veremos volver como hija pródiga á su hogar doméstico, con el aditamento de un salvajito, que no hizo mucha gracia al contralor.

---

## Capitulo CXXIX.

---

El amor y el deber.

Doña Juana, la esposa del caudillo, apenas supo por éste que Luciano habia regresado, deseó vivamente tener una entrevista con él.

Le habia conmovido hondamente la relacion de los trabajos que habia pasado, de sus sufrimientos, y anhelaba por momentos ver á aquel jóven, por quien siempre sentia un gran afecto, para sincerarse con él y pedirle perdon por su conducta, toda vez que ella, y sólo ella, habia sido la causa de que le despidiese su marido.

Le mandó, pues, llamar, y no hay para que decir que el jóven se apresuró á acudir á su llamamiento.

Por el camino fué pensando en lo feliz que seria si algun dia pudiese obtener el amor de aquella mu-

jer, en cuyo corazón indudablemente había alguna simpatía hacia él, por cuanto le rogaba que fuese á verla.

—Ahora empiezo á ver claro,—se decía;—las palabras de Guacalcinla, han quitado de mis ojos la venda que les cubría. Doña Juana indudablemente sentía hacia mí la misma simpatía que yo hacia ella, y al saber que pasé gran parte de la noche en casa de doña Constanza, la esposa de don Luis Longo y Tenreyro, notó en su alma el aguijón de los celos, y en un momento de arrebato dió aquel paso, que ocasionó mi ruina y que ahogó en la infamia las ilusiones que constituían el encanto de mi vida.

A la verdad que para conocer á las mujeres es preciso hacer un estudio profundo.

Doña Juana, que al parecer se mostraba siempre conmigo, si bien amable, dentro de los límites de su deber, me amaba en silencio, tal vez sin esperanza, ó cuando más, con esperanza lejana.

Doña Constanza, por el contrario, á pesar de la efusión que manifestó en aquella fatal entrevista, á pesar de sus insinuaciones, apenas vió á Izampú noté que su rostro se animaba. Sus ojos brillaban con más fulgor que de costumbre, la fijeza con que sostenía las miradas del salvaje indicaban que no la disgustaba su huésped. En fin, á mí sin cuidado me tiene.

No me sucedía lo propio si supiese que doña Juana distinguía á cualquiera, por más que no tengo título ni derecho para ello.

Siguió reflexionando sobre el mismo tema, y llegó por último á casa de doña Juana.

Se hizo anunciar, y fué recibido inmediatamente.

Mucho le halagó, apenas entró en el aposento de la esposa del caudillo, oír decir á la camarera que la acompañaba:

—Señora, si me lo permitís, quisiera salir un momento á ver á mi hermana Teresa, que se halla enferma.

—Idos en buen hora.

Era indudable que este era un pretexto para quedar á solas con Luciano, sin que este creyese era plan combinado de antemano.

—Luciano,—le dijo;—os he suplicado que viniérais á verme, porque quería quitarme un enorme peso del corazón.

—¿Vos, señora?

—Sí; desde que he sabido lo mucho que habeis sufrido por mi causa, no he tenido una hora de tranquilidad, ni podré tenerla mientras no me perdoneis el mal que os he inferido.

—Yo jamás os he guardado rencor; sentía únicamente que me juzgárais por las apariencias, estas me condenan, y así no quise alegar nada en mi defensa.

—Ved lo que son las cosas; yo interpreté vuestro silencio como fuerza de voluntad, es decir, como que no queriais ocultar vuestra felicidad por haberos hallado en compañía, durante las altas horas de la noche.

che, de una de las mujeres que pasan por más hermosas aquí.

Luciano se convenció de la exactitud de las reflexiones que se habia hecho antes de llegar á la presencia de doña Juana, y exclamó con vehemencia:

—Pongo al cielo por testigo de que al hallarme en la casa á que aludís, no es por que á ella me guiará el menor interés.

—Quien sabe. Pero nos separamos de la cuestion. Yo lo que queria era deciros por qué influí con mi esposo para que os separase de su lado.

—¿Y por qué fué, señora?

Doña Juana le miró fijamente, y al cabo de un instante, bajando los ojos, añadió:

—No puedo deciroslo, amigo mio.

Como se vé, la esposa del caudillo, que adoraba á Luciano, luchaba entre la pasion y el deber.

Pero la esposa triunfaba de la amante

Esta es la verdadera virtud en la mujer.

La que al sentir los impulsos del amor tiene la fuerza de voluntad suficiente para dominarse, es mucho más virtuosa que la que no ha sentido el flechazo del niño alado y permanece fiel á sus deberes.

Luciano tambien tenia gran corazon.

Experimentaba la misma emocion que doña Juana, y no queria empeñarse en una lucha en que preveia la probabilidad de la victoria.

Su respeto al caudillo le detenia.

No queriendo ser ingrato con él:

—Señora,—dijo,—si me lo permitís, voy á alejarme en este instante de vuestro lado.

—No os detendré. Tal vez tendreis que ir á ver á doña Constanza, y no me perdonaria ser causa de un rompimiento con vuestra amada.

Esto era ya demasiado.

Renacian de nuevo los celos en el corazon de doña Juana, y las palabras que acababa de pronunciar tenian que provocar una explicacion peligrosa para los dos amantes.

—Señora,—dijo con vehemencia Luciano,—os he dicho y repito que no me liga el más pequeño afecto á esa mujer.

—¿Ni os inspira el más ligero deseo?

—Solo me inspira desprecio.

—No tanto, no tanto. Está reputada como la mujer más hermosa.

Luciano iba á aventurar una galanteria, pero se detuvo.

—Callais, y vuestro silencio implica que sois de mi opinion.

—De ningun modo, por mas que sienta contradeciros.

—¿No os parece bella?

—Me parece horrorosa.

—Es la primera vez que oigo hablar así de esa portuguesa.

—Porque los hombres suelen prendarse de un busto bonito, sin pretender averiguar si existe ó no corazon en el objeto de su predileccion.

La conversacion se iba animando.

Hubo una breve pausa.

—¿Deciais?...—preguntó doña Juana.

—Que hallo la mayor lealdad en esa mujer, pero la compadezco: no tiene corazon, y por lo tanto jamás experimentará esas dulces emociones que sonrien con la vida á dos almas que llegan á comprenderse.

—¿Y vos habeis hallado en vuestro camino alguna mujer en la que adivineis esos tesoros de ternura á que aludis?

Esto era ya demasiado.

Luciano no sabia qué responder.

Pero al fin exclamó con tristeza:

—He conocido á una mujer que era el ideal de mis ensueños; la personificacion de mis ilusiones,—dijo Luciano.

—¿Y vive esa mujer?

—Ha muerto,

—¿Es posible?

—Sí; ha muerto para mi corazón.

—Acaso algun desengaño...

—No... pero me separa de ella el abismo.

—Quien sabe, amigo, mio; en el mundo hay circunstancias en que lo que me parece irrealizable, imposible, el tiempo lo torna hacedero, probable.

—Pero el que compra la felicidad al precio de su conciencia, es desgraciado toda la vida.

—Puede hallarse tambien sin que el remordimiento mortifique. ¿Acaso dos corazones que se aman no

pueden estar unidos por el más sincero afecto, sin que el más mínimo pesar les atormente?

—No haria jamás la prueba.

—¿Por qué?

—Porque es peligroso jugar con fuego.

—¿Pero dónde está ese peligro?

—Es una ley natural; todas las afecciones de la vida recorren una escala gradual. La amistad suele degenerar en amor, y el amor, cuando los que le sienten tienen deberes que cumplir, es el más cruel de los torcedores.

La camarista llegó en aquellos momentos, y aunque á decir verdad sintieron suspender aquel animado diálogo, se alegraron por otra parte de la circunstancia que ponía término á la embarazosa posicion en que se hallaban.

Luciano se despidió de doña Juana, y se retiró.